



Erasmo Zarzuela

La erisipela de las noches boquiabiertas

Claro, como el buenito de Jesús
me atraganté con carne de cerdo
o tal vez de perro.
Para llevar agua a mi molino
libé con casquivanas de ligera ropa de contrabando.
Bellas hetéres mondadoras de manzanas verdes.
Hela el por este informe salpicado
de sangrado vino.

Jorge Campero en: Musa en jeans descolorido.

el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel llanes
casilla 448 telfs. 54855 - 70816
e-mail: oruduende@iaunmail.com



Zona Franca Oruro S. A

Tú nunca sabrás

Para Andrea

1

La muchacha era hermosa, demasiado hermosa para fijarse en mí. Trataba de que ella no advirtiese mis torpes miradas. Pensé que la ofenderían. Que iba a resultar inoportuno, grosero y estúpido.

¡Qué iluso!, cómo pretendía que alguien tan bella como ella se fijase en esto que físicamente quedaba de mí.

Flaco en extremo. Desgarbado. Con canas prematuras. Rostro con expresión de niño bobo. Sonrisa de caballo. Movimientos casi afeminados en las manos. Conversación aburridísima, que al tratar de ser académica, resultaba intrascendente.

Ella físicamente bella. Ojos hermosos, Mirada pura. Hubiese sido un suicidio, pretender conquistar su amor.

Terminó la reunión donde la conocí, un agasajo para mi persona por estar de paso. Me despido de todos, y de ella también. Llorando por dentro le digo adiós, mientras que por dentro pronuncio un "Tú nunca sabrás".



Constantin Brancusi, *El beso*, 1923-25

2

El hombre era interesante, demasiado inteligente para fijarse en mí. Trataba de que él no advirtiese mis indiscretas miradas seductoras. Pensé que lo ofenderían, que resultarían inoportunas frívolas y tontas.

¡Qué iluso!, cómo pretender que alguien tan inteligente como él, se fijase en mí.

El tenía una figura esbelta, era alto, tenía unas canas que la hacían demasiado atractivo. Su rostro expresaba tanta ternura. Su sonrisa era galante. Tenía unos ademanes elegantes. Y su conversación atraía la atención de todos. Principalmente la mía que la miraba como boba, ante la versatilidad del experto académico.

Yo era una mujer insignificante. Todavía una niña, una inexperta que lo miraba con insistencia, que hasta parecía perversa. Querer conquistarlo hubiese sido una triste estupidez, una más de esas que estoy acostumbrada a realizar.

Terminó la reunión donde lo conocí, una cena en homenaje a él, el poeta que estaba de paso en esta ciudad. Él se levantó, y gentilmente se fue despidiendo de todos. Y de mí también.

Llorando por dentro le digo adiós, sin llegar a pronunciar un "Tú nunca sabrás".

Juan Adrián Camacho B.
Escritor - Cochabamba.